



*Pobre
alma en
desgracia*

POBRE ALMA
EN DESGRACIA

UNA HISTORIA DE LA BRUJA
DEL MAR

SERENA VALENTINO

LIBROS 

© 2023 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

Traducido por: María Fernanda González Cañedo

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-19547-41-5

Depósito legal: B. 18.291-2023

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAPÍTULO I

LA BRUJA DEL MAR

Habían pasado muchos años desde que Úrsula había visto a sus queridas amigas, las hermanas extrañas. No las había visitado desde que la exiliaron de la corte de Tritón. Tenía mucho que contarles; mientras iba hacia ellas, vio la luz bailar a través de las ondas del agua y supo que estaba cerca de la superficie. Casi podía distinguir las figuras de las tres hermanas en la orilla, esperando su llegada.

«Ha transcurrido mucho tiempo», pensó, y decidió hacer una gran y espectacular entrada.

Podía notar cómo crecía, los tentáculos iban alargándose, una sensación que siempre le hacía sentir como lo que era: una fuerza dominante del mar.

«No había sentido este poder desde hacía muchos años».

Así había hundido enormes barcos, convirtiéndolos en astillas, enviando sus restos al fondo de su oscuro y espe-

luznante reino. Comprobó el asombro en los ojos saltones de las hermanas mientras se alzaba del agua a una altura imponente. Las tres hermanas —Lucinda, Ruby y Martha— se veían pequeñas, quietas junto a las rocas negras, y temblaban de frío.

Úrsula pensó que poseían una belleza grotesca: ojos demasiado grandes, bocas diminutas y los pálidos y fantasmagóricos rostros enmarcados con una excesiva perfección por su cabello negro. Le resultaban hermosas, aunque la neblina, aferrándose a las plumas en su cabello, las hiciera parecer pájaros empapados y asustados.

Úrsula pensó que, aunque uno no lo imaginara al verlas en ese horrible estado, esas brujas eran una leyenda. Eran primas del antiguo rey, el padre de la reina Blancanieves. Y eran protectoras del Hada Oscura y su princesa dormida. Si bien Úrsula nunca lo diría en voz alta, debía su recién recuperado poder a las hermanas extrañas. Le habían entregado el collar. Aunque, consideró, fue un intercambio justo por algo que su hermana pequeña deseaba desesperadamente.

Lucinda suspiró sorprendida mientras el agua caía desde la enorme figura de Úrsula hasta los asombrados rostros de las brujas. Sus oídos casi estallaban debido a la atronadora risa y la ensordecedora voz de Úrsula:

—Estoy tan feliz de veros, hermanas. Ha pasado mucho tiempo.

La bruja del mar

La bruja del mar se agachó para mirar a los ojos a las hermanas extrañas. Ciertamente eran hermosas.

«Demasiada belleza sin las proporciones adecuadas», pensó.

Los brazos de Úrsula se extendieron, listos para abrazarlas. Como si fueran un solo ser, las hermanas se movieron hacia el abrazo, que calmó su preocupación y las relajó al saber que Úrsula no estaba enojada con ellas.

—Vemos que estás usando nuestro regalo —dijeron las hermanas al unísono, mirando el collar de conchas doradas alrededor de su cuello. Les preocupaba que Úrsula se enfadara si se llegaba a enterar de todo el tiempo que había estado olvidado en su alacena.

Úrsula se rio, esta vez por el sonido de las ásperas voces de las hermanas y la manera en que las plumas colgaban de sus cabellos negros.

—Gracias, queridas amigas. En algún momento tendréis que contarme cómo se lo quitasteis a mi hermano. ¿O fue Circe? No se lo pregunté cuando me lo dio. Y... ¿dónde está Circe? Me sorprende que no esté con vosotras.

«Circe».

La mención de su nombre fue como un cuchillo en los corazones de las hermanas. Había sido una fuente de dolor para ellas y la razón por la que Lucinda le había pedido ayuda a Úrsula. Circe era la causa de que las hermanas no

pararan de llorar, gritando en vano su nombre a la oscuridad, esperando que al menos sus ruegos de perdón la hicieran regresar. Circe no había respondido a sus llamadas, así que habían invocado a la bruja para pedir ayuda. Claro, Úrsula querría algo a cambio. Siempre era así.

Era la artífice principal de pactos.

Lucinda habló primero:

—Nuestra querida Circe se ha ido lejos de nosotras...

Su vestido rojo oscuro presentaba salpicaduras de lágrimas y, como los de sus hermanas, sus ojos estaban manchados con maquillaje de carbón que se le había corrido por las mejillas después de muchas horas de llanto.

—¡Está muy enojada con nosotras! Se ha aventurado hasta donde nuestra magia no puede seguirla —continuó Ruby.

Los sollozos de Martha eran tan violentos que no podía hablar.

—Por eso hemos acudido a ti, Úrsula. Queremos ver a nuestra hermana pequeña de nuevo.

Úrsula planteó la pregunta obvia:

—¿Habéis intentado invocarla, queridas? ¿En uno de sus muchos espejos encantados?

Las hermanas comenzaron a llorar otra vez.

—¡Debe de haber utilizado un hechizo cuando se marchó que nos impide invocarla!

La bruja del mar

Los ojos tristes y saltones de Martha, tan parecidos a los de sus hermanas, estaban llenos de dolor y miedo.

Úrsula podía constatar que estaban realmente asustadas. No recordaba haber visto a sus amigas en ese estado, tan llenas de arrepentimiento y dolor.

—Te prometo, Martha, que os ayudaré a encontrar a Circe. Os lo prometo a cada una de vosotras; queridas, veréis a vuestra hermana menor de nuevo.

Úrsula les mostró una de sus magníficas sonrisas, que lentamente se transformó en algo más mundano mientras usaba magia para adoptar su forma humana y abrazaba a la sollozante Martha. Sabía que las hermanas darían cualquier cosa por ver a Circe otra vez, y aunque de verdad quería ayudarlas —y claro que lo haría felizmente—, daba la casualidad de que necesitaba la magia de las hermanas como recompensa.

CAPÍTULO II

LAS BRUJAS EN EL ACANTILADO

La mansión color verde oscuro con detalles dorados y postigos negros se balanceaba frágilmente en la cima del acantilado. Su techo, con forma de sombrero de bruja, estaba oculto entre la neblina y rodeado por cuervos que emitían estridentes chillidos.

—¿Nos va a acompañar el Hada Oscura? —preguntó Úrsula mientras las cuatro brujas caminaban hacia la casa de las hermanas.

—¡No! ¡No! ¡El agua y el fuego no se mezclan! —respondió Lucinda mientras Úrsula se reía.

La bruja del mar se preguntó por qué las hermanas le tenían tanto miedo a una unión entre ella y el Hada Oscura.

—No le tememos a nada, Úrsula, pero vemos y escuchamos todo —dijo Lucinda casualmente, mirándola de reojo mientras subían la torcida escalera, que crujía con cada paso.

Úrsula pensó en los diferentes lugares en los que había visitado la casa. Se preguntó si le crecían patas de pollo y se movía sola o si las hermanas la invocaban en el lugar que querían. Seguramente era invocada, pero amaba la imagen de las hermanas sentadas en el techo con forma de sombrero de su casa, mientras esta era impulsada por unas ágiles patas de pollo y las brujas se reían a lo largo del camino. La idea la hizo reír mientras entraban en la casita en la que tantas ocasiones había sido una invitada. La ubicación había cambiado varias veces, pero la construcción, con su pequeña cocina, seguía igual.

El sol brillaba a través de la gran ventana redonda en la pared principal, desde donde se podían ver el manzano de la antigua reina y las olas que chocaban contra las rocas. Los estantes estaban llenos de hermosas tazas con diferentes diseños, como recolectadas de juegos distintos. A Úrsula no le sorprendería enterarse de que las hermanas robaban aquellas tazas que les gustaban. Se preguntaba si cada taza tenía una historia única: la historia de su dueño y su encuentro con las tres terroríficas hermanas.

Úrsula se preguntó también cuál de aquellas tazas pertenecía a la antigua reina o a las horribles hermanas Anastasia y Drizella. Y cuál sería de Maléfica.

Junto a la cocina estaba el cuarto principal con una enorme chimenea. Su repisa era imponente y estaba flan-

queada por dos enormes cuervos cuyos ojos metálicos veían la nada. La habitación tenía una luz espeluznante, gracias a los vitrales con imágenes de las aventuras de las brujas. Una de las ventanas mostraba una sencilla manzana roja. Aparecía sola y triste, pensó Úrsula, pero tal vez era porque las hermanas le habían contado la historia de la antigua reina muchos años atrás.

¿Cuántas historias le habían contado cerca del fuego cuando se dignaba a adoptar la forma humana? Esa forma humana, esa criatura no le gustaba nada. Se sentía pequeña y débil cuando se ocultaba debajo de ella. También su voz sonaba distinta: no era atronadora ni fuerte. No había poder en su persona.

No había majestuosidad.

No podía entender cómo los humanos habían logrado sobrevivir tanto tiempo en esos débiles sacos de carne, siempre con dolor, siempre caminando o sentándose en muebles incómodos. Todas esas tonterías humanas eran horribles.

Al menos tenía a Lucinda, a Ruby, a Martha y a su encantadora gata, Pflanze, para distraerse de las penurias de ser humana. Pflanze, la gata carey de las hermanas, lentamente parpadeó con sus ojos dorados para saludarlas.

—Hola, Pflanze —saludó Úrsula, sonriendo.

La gata estiró sus patas y parpadeó de nuevo, dándole la bienvenida a Úrsula a su hogar. Pflanze podía distinguir a través de la forma humana de la bruja a la criatura que realmente era. Y la gata pensó que ese ser era aún más hermoso que la forma que había adoptado para poder caminar entre los humanos.

Y era muy bello el disfraz de humana de Úrsula: unos ojos grandes y negros, y con mucho cabello oscuro que le enmarcaba el rostro con forma de corazón. Cualquiera pensaría que era hermosa, pero Pflanze amaba la forma real de la bruja del mar, y era fácil distinguir que esta también la prefería.

La gata observaba mientras sus brujas se movían por la cocina preparando té para Úrsula, que descansaba los pies encima de un banquito que Ruby le había llevado. Las brujas de Pflanze habían estado actuando de un modo extraño desde que su hermana menor, Circe, se había marchado, y a Pflanze le preocupaba que fueran a debilitarse por la inquietud que sentían. Pero lo que más preocupaba a la gata era lo calladas que se habían vuelto. Estaba acostumbrada a sus desquiciadas divagaciones y a sus locas conversaciones. Pero ahora, sin Circe, en la casa reinaba un silencio abrumador. Ahora las hermanas simplemente se sentaban deprimidas, sin inspiración ni siquiera para llevar a cabo sus desastres habituales. Y cuando hablaban,

Las brujas en el acantilado

lo hacían tan coherentemente como podían, para hacer feliz a su hermana Circe cuando por fin regresara a casa. Pflanze asumía que si las hermanas tenían corazones dentro de sus vacíos cuerpos llenos de odio, se habían roto el día que su hermana menor se había marchado con rencor en sus ojos, ira en sus palabras y una profunda tristeza en su corazón.

Circe no era como sus hermanas, pensó Pflanze. Ella amaba. Y Circe sentía que Lucinda, Ruby y Martha habían ido demasiado lejos con su magia, lastimando a alguien a quien ella apreciaba mucho. Pflanze no culpaba a las hermanas por lo que le habían hecho al príncipe, la maldición que le habían impuesto con su ayuda o todas las triquiñuelas que habían empleado para atormentarlo. Casi lo volvieron loco, y por un buen motivo. Le había roto el corazón a Circe y la había tratado mal.

Todo lo que habían hecho, todas sus intervenciones y planes, fueron por su hermana menor. Pero Circe estaba terriblemente molesta con ellas por su participación en la maldición, que había convertido al príncipe en alguien aún más avaro y agresivo, que casi destruía reinos por el camino.

No, Circe no podía perdonar a sus hermanas, y Pflanze estaba casi segura de que, como castigo, nunca volvería a dirigirles la palabra. La hermosa felina confiaba en que la

visita de Úrsula inspirara un poco de maldad y sacara a sus dueñas de la depresión en la que habían caído.

Pero los pensamientos de Pflanze se hicieron añicos a causa de unos gritos que provocaron que Martha soltara la tetera de cristal, que se estrelló contra el suelo blanco y negro de la cocina. Ruby estaba llorando. El cristal brillaba como un diamante magnífico ante los ojos de Úrsula. El llanto de Ruby se volvió tan intenso que esta se desplazó hasta los brazos de Úrsula mientras la bruja del mar intentaba calmar su dramática llorera.

—¡Pflanze piensa que Circe nunca va a hablarnos de nuevo!

De pronto, todas las hermanas estaban gritando y llorando, retorciéndose las manos y rasgándose los vestidos. Martha comenzó a tirarse del cabello, y Lucinda se arrancaba las plumas del suyo, lanzándolas al suelo como una loca.

—¡Chicas, basta! —gritó Úrsula, y en la pared de detrás del elegante cuerpo humano en el que esta se ocultaba, las hermanas pudieron ver la sombra de su verdadera forma dominar la cocina—. ¡Silencio! —ordenó.

Las hermanas se callaron.

—Vais a ver a vuestra hermana menor otra vez, os lo prometo, pero primero hay algo que necesito de las tres.